

DÍEZ MACHO - PIÑERO SÁENZ, (eds.): *Apócrifos del Antiguo Testamento III*, Madrid (CRISTIANDAD) 2002, 612 pp.

Es particularmente llamativo el interés que ha suscitado la literatura apócrifa bíblica en las últimas décadas, de tal manera que la edición clásica de Cristiandad hecha por estos dos estudiosos hace ya más de veinte años (1982) no sólo se encontraba agotada, sino que en este lapso habían surgido diversos estudios y ensayos que invitaban a hacer una revisión completa de lo editado en el pasado.

Afortunadamente la editorial Cristiandad ha asumido esta labor y ha reeditado este tercer tomo de los *Apócrifos del Antiguo Testamento*, mejorando con mucho, la *editio princeps* de 1982 de esta misma obra. Para ello ha encomendado a A. Piñero Sáenz, estrecho colaborador de A. Díez Macho en la *editio princeps*, esta nueva edición. En ella no sólo se ofrecen los textos de algunos de los apócrifos veterotestamentarios, sino que cada uno de ellos viene acompañado de una prolija y acertada introducción, en la que no sólo se hace la contextualización del escrito a presentar, sino que se hace un detallado estudio estilístico del mismo, para que el lector descubra las principales claves del texto y pueda situar la pieza literaria dentro de su contexto histórico, lingüístico y semántico. A continuación se ofrece el cuerpo del texto copiosamente anotado, con lo que la lectura de las obras apócrifas del Antiguo Testamento resulta no sólo interesante —pues esto siempre lo ha sido—, sino apasionante, al enriquecer la propia lectura con los comentarios críticos de los mismos editores, quienes proporcionan un elenco de notas tanto referenciales o bibliográficas, como explicativas, filológicas, ecdóticas, de lugares paralelos bíblicos y extrabíblicos, etc.

De este modo en la reedición de este tercer tomo aparecen, en primer lugar, *Los Salmos de Salomón* (con introducción y notas de A. Piñero); *Las Odas de Salomón* (con introducción y notas de A. Peral y X. Alegre); *La Oración de Manasés* (con introducción y notas de L. Vega Montaner); el *Libro cuarto de los Macabeos* (con introducción y notas de M. López Salvá); el *Libro Arameo de Mor* (con introducción y notas de E. Martínez Borobio); *José y Asenté* (con introducción y notas de R. Martínez Fernández); *Los Oráculos sibílicos* (con introducción y notas de E. Suárez de la Torre).

Se trata pues en conjunto, de una obra muy valiosa, y que supera a la edición anterior por todos los elementos que anteriormente hemos reseñado. Es una obra que resultará de un gran interés no sólo para los estudiosos de la literatura extracanónica bíblica veterotestamentaria, ni sólo a los expertos en la literatura de la antigüedad del oriente próximo, sino que es una obra que puede interesar tanto a los escrituristas como a los teólogos, así como a las personas cultas, filólogos, historiadores de la religión, que estén interesados en conocer la literatura hebrea de la última etapa del segundo Templo.

Cabe encomiar, asimismo la labor que la editorial Cristiandad ha hecho por reeditar estos apócrifos y por ofrecer a los lectores en castellano una versión tan cuidada y pulida de los mismos.—Enrique EGUIARTE.

DOLZ, M.: San Josemaría Escrivá. 6 de octubre de 2002, Madrid (RIALP) 2002, 143 pp.

Con motivo de la canonización de san Josemaría Escrivá, resume el autor en esta limitada edición las principales etapas en la vida del santo y en la evolución de su inspiración carismática como fundador del Opus Dei. Entre los textos breves y, a la vez, iluminadores se encuentra citas de las obras y cartas del Fundador que ofrecen al lector un amplio vistazo de los caminos que abrieron paso al 6 de octubre de 2002, el día de la canonización del mismo. Las fotografías y láminas expertamente empleadas a través del libro añaden un

toque de elegancia y buen gusto a la obra. Rinde honor al santo y, más aún, a sus hijos espirituales del Opus que lograron recordarlo de modo tan excelente.—A. CAMPO.

DULAEY, Martine: *Bosques de símbolos*, Madrid (CRISTIANDAD) 2003, 337 pp.

Para cualquier conocedor o amante de la poesía francesa del siglo XIX quedará claro que el título de la presente obra es una alusión al hermoso poema de Charles Baudelaire, en donde este poeta habla de que el hombre es como un peregrino, que va caminando por el mundo rodeado de un «*forêt de symboles*», por un bosque de símbolos, que le observan con miradas familiares (de hecho un fragmento de este poema sirve de epígrafe a la obra). El arte y la cultura occidental está llena de símbolos y de metarrelatos que van más allá de las imágenes que les dan cuerpo y visibilidad. Estos símbolos tienen principalmente un doble venero —que frecuentemente se hibrida y se entremezcla bizarramente—, tanto el clásico grecorromano, como el cristiano. No obstante a los ojos de muchos espectadores cotidianos del arte y de las manifestaciones simbólicas de la cultura del pasado, muchos de estos correlatos, que dan pleno sentido a las representaciones plásticas o artísticas, les quedan ocultos velados y vetados por la ignorancia y el desconocimiento de la *imago* prístina que les dio origen y entidad. De este modo una representación de la Virgen María con el niño Jesús en brazos no pasa de ser, por poner un ejemplo, la representación de una mujer con un niño, simplemente. Y no se diga nada de los símbolos que suelen acompañar a estas representaciones, tanto los cromáticos como los vegetales, espaciales, cósmicos u oníricos. De esta manera las representaciones artísticas se convierten en significantes huecos, en significantes a los que el paso de los años y los cambios de paradigmas han despojado de su propia significación y que por tanto dejan de ser verdaderamente símbolos, para convertirse en jeroglíficos hermosos por su apariencia externa, pero desvinculados de su propia capacidad narrativa, bien sea ésta religiosa o pagana, quedan pues desvinculados de su cualidad primaria de ser mitopoéticos.

La presente obra es un excelente acercamiento al arte desde la perspectiva del contexto cristiano que le dio el ser. De este modo la autora repasa en los primeros capítulos, lo que fue la formación y la enseñanza religiosa en los primeros siglos de la cristiandad, para acentuar la importancia que tuvo en la antigua formación cristiana, la imagen y la alegoría simbólica, tanto en la interpretación de las Escrituras, como en la propia representación de los diversos misterios de la vida del hombre y de la fe. De este modo la autora, siguiendo un esquema diacrónico, va presentado los diversos hitos y escritores que dentro de la antigua patristica dieron cuerpo a la interpretación alegórica, partiendo de sus principios fundamentales y ejemplificando la exégesis alegórica y mistagógica con abundantes textos y autores.

Destaca, y esto es un acierto de la autora, la figura de san Agustín, quien es presentado como un autor que se acercó a la Biblia con todo su acervo de conocimientos paganos y que supo leer la Escritura no sólo en un sentido literal, sino también alegórico, tipológico y simbólico. Cabe señalar, con respecto a este doctor de la Iglesia, que la autora se refiere a su obra *De catequizandi rudibus* como «Primera catequesis» (p. 39), cosa que no deja de ser llamativa, y creemos que poco fiel al sentido y a la tradición agustiniana con respecto a esta obra.

Una vez que ha sentado las bases de lo que fue la interpretación alegórica, va a seguir un orden temático para hacer el elenco de las principales figuras dentro del pensamiento y la iconografía cristiana. De este modo, sin pretensión de ser exhaustiva, hace la presentación de la figura del pastor, de Jonás, Noé, Moisés, Daniel, el sacrificio de Abraham, Lot y su mujer, Adán y Eva y los combates de David. En cada uno de los apartados que